

—¿Temes (le preguntó á su vez) que se oponga á nuestra dicha?

—No (le contestó); no lo temo.

La vuelta del tío millonario era el plazo señalado y convenido, y, en honor de la verdad, los dos lo esperaban con la misma impaciencia. Y no podía tardar, porque el buque que lo conducía hacía ya más de un mes que debió salir de la Isla de Cuba.

La víspera del día en que, según todos sus cálculos, debía llegar, fué Simón á casa de Mariana, y desde que entró, advirtió cierto movimiento en la familia, y un vago temor se apoderó de su ánimo; pero las carcajadas de Mariana le dieron á entender que nada había turbado la habitual alegría de la casa.

— ¡Carta! ¡carta!—dijo Mariana al verlo.

Y, levantándose, le puso una carta en la mano.

Simón la abrió, y leyó lo siguiente:

«Mi querida hermana: Me apresuro á escribirte, porque las malas noticias corren mucho, y deseo tranquilizarte. Hemos naufragado delante del Pico de Tenerife, y nuestro barco se lo ha tragado la mar con todo el cargamento. Milagrosamente nos hemos salvado, no todos, pues algunos han perecido entre las olas. Todo mi capital, que venía conmigo, ha desaparecido en el naufragio. No lo siento por mí; lo siento por tu hija, pues eran unos cuantos millones que tenía

destinados á su dote. Paciencia: Dios da los bienes, y los quita. Sé que os consolará de esta pérdida, el gozo de saber que se ha salvado mi vida. Con lo poco que me queda, podremos vivir. Ahora sólo desea abrazaros pronto...., tu hermano....»

Simón leyó el contenido de esta carta, con voz cada vez más trémula; mas al encontrar al pie, y debajo de la firma, la fecha en que estaba escrita, se cubrió su rostro de una palidez horrosa; no pudo ocultar que temblaba, y tuvo que sentarse.

Mariana estuvo á punto de echarse á reir; pero la risa se heló en sus labios, porque Simón parecía un cadáver.

La fecha de la carta era ésta:

«Santander 13 de Noviembre.»

VI.

Otra vez el número trece se presentaba á sus ojos con rencor implacable. Salía de las profundidades del abismo, en el momento más inesperado, para arrancarle de las manos el bienestar que le ofrecía la dote de Mariana y la felicidad que le ofrecía Mariana misma.

¡Unos cuantos millones á punto de caer por

la chimenea, duro á duro, desvanecidos de repente, disipados como un sueño, perdidos sin remedio en el fondo tempestuoso del Océano! ¡Adiós, buena casa, buena mesa, coches, viajes de recreo....; adiós, en fin, esperanza de una vida tranquila, cómoda, desahogada y dichosa! El número trece se levantaba formidable, lanzándole al rostro el escarnio de aquella catástrofe.

¡Y Mariana! Sí; los ojos de la rica heredera conservaban todavía el encanto de sus miradas; sus mejillas continuaban frescas y sonrosadas por la belleza de la juventud; en sus labios púrpúreos y movibles permanecía inalterable la alegría de su corazón, y su talle se erguía gracioso, indiferente á las contrariedades de su fortuna. Al perder la pingüe herencia de los millones que el mar se había tragado, no perdió ni su belleza ni su alegría. Era la misma; las carcajadas estallaban en sus labios con la misma espontaneidad que si nada hubiese sucedido; seguía comiendo con el apetito de una salud perfecta, y dormía con el reposo de un corazón satisfecho.

Muy bien; pero, ¿podía Simón seguir pensando en ella? El desastre del naufragio, ¿no era un terrible auspicio? El amor puede forjarse las más risueñas ilusiones; todo puede verlo de color de rosa; pero la vida tiene una realidad inevitable, y Simón era pobre y Mariana era

ya pobre también. ¿Qué felicidades podía ofrecerle su bolsillo, cada vez más mermado? Él solo, conseguiría vivir algún tiempo más rodeado de ciertas comodidades, y aun de cierto lujo....: los dos, tendrían al fin y al cabo que resignarse á la pobreza, y últimamente á la miseria.

El número trece, que acababa de robarle tanta riqueza, le hacía también renunciar al amor de Mariana.

Tales eran los pensamientos que agitaban su espíritu.

«Es bella, se decía, y puede encontrar un hombre que la haga rica. Hay que huir de ella; su mano ya no me pertenece. Era un tesoro...., sí, un tesoro.»

Poco á poco se fué alejando de Mariana. Siempre encontraba alguna excusa para disculpar la poca frecuencia con que iba á visitarla; eludía toda conversación peligrosa, y no encontraba nunca motivo que le diese pretexto para un rompimiento, porque Mariana, siempre alegre, no tenía para él más que sonrisas. Alguna vez se burlaba de su aspecto sombrío y taciturno, y, llamándole el caballero de la Triste Figura, se reía á carcajadas de su silencio y de su tristeza. Pretendía, por lo visto, con sus halagos y con sus burlas, infundirle el perpetuo regocijo de su alma; tarea inútil, porque ni sus burlas ni

sus halagos le conmovían: parecía que su corazón se había petrificado.

Cada vez le costaba más trabajo ir á la casa de la que había estado tan cerca de ser una rica heredera, porque en ninguna parte se encontraba más desasosegado ni más inquieto. Allí se le había aparecido la última vez el número fatal, y nada le parecía más sombrío que aquella casa.

Le urgía, pues, salir de una situación que se hacía por momentos más insostenible y más embarazosa. Otra mujer habría provocado una explicación; se hubieran cruzado quejas, recriminaciones, y como las palabras se enredan fácilmente, nada más natural que venir á parar á un rompimiento. Á lo menos, si ella, pagándole en la misma moneda, se hubiese mostrado retraída, reservada, ofendida de su conducta, él habría redoblado su indiferencia, y al cabo de poco tiempo el amor hubiera acabado por sí mismo.

Mas ella, ni se mostraba resentida, ni pedía explicaciones, ni salía de sus labios palabra alguna que descubriera enojo ó recelo: siempre lo recibía con la misma confianza y con la misma dulzura.

Simón pensaba todo esto, y dándole vueltas y más vueltas en su imaginación, buscaba en vano una salida que pusiera término al compromiso en que se hallaba. Y, vivamente

contrariado, se cruzaba de brazos, diciendo: «¡Oh!.... Parece que esta mujer no sabe más que reirse.»

Al fin resolvió dar el paso definitivo; preparó papel, y tomó la pluma.

Escribió la primera línea, y no siguió adelante. Rasgó el papel, y tomó otro.

Por lo visto, no era tan fácil desatar aquel nudo que él mismo había formado.

La pluma empezó á correr rápidamente, dejando en pos de sí los rastros de la tinta, y á los tres renglones se detuvo.

Leyó Simón lo que había escrito, y, estrujando el papel entre sus manos, lo arrojó á la chimenea. Tampoco había acertado á expresar su pensamiento, y por tercera vez intentó coordinar sus ideas, y después de algunos momentos de reflexión profunda, se puso á escribir de nuevo, y esta vez la pluma corrió hasta el fin sin detenerse.

He aquí lo que había escrito:

«Mariana: Hay misterios impenetrables; cada uno tiene su sino, y yo soy un hombre funesto. Me persigue una suerte infausta. Llevo conmigo las desgracias y los desastres. Olvidémonos. Ya no es posible otra cosa. Toda explicación sería inútil.»

Al pie de estos renglones estampó su firma, cerró la carta, y la envió á su destino.

Al día siguiente recibió la respuesta, concebida en los términos siguientes:

«He leído tu carta, y he tenido tentaciones de llorar; más aún: muchas lágrimas se me han venido á los ojos. Después, loca de mí, he reflexionado mucho, mucho, mucho. Tu carta me parecía un enigma, y yo, tonta rematada, me empeñaba en descifrarlo. Mira tú qué torpeza: la cosa es bien clara: que debemos olvidarnos, que nos olvidemos, que ya no es posible otra cosa. Entonces me he enjugado los ojos, y he soltado la carcajada. Te había comprendido.

»Bueno, olvidémonos: ¿á qué más explicaciones?... Muy bien; nuestro amor ha naufragado, como los tesoros de mi buen tío. ¡Paciencia! Hoy mismo he sabido que el buen señor me traía de América una dote fabulosa. ¿Cuánto dirás? ¡La friolera de trece millones!»

Aquí terminaba la respuesta de Mariana, y Simón acabó de leerla, y, fuera de sí, la arrojó lejos de sus manos, repitiendo:

«¡Trece millones! ¡Trece millones!»

Y dominado por una agitación invencible, comenzó á andar de un extremo á otro de la habitación. La carta, que habia caído en el suelo, se le enredó entre los pies, y, cogiéndola, la arrojó al fuego: la llama la devoró rápidamente, y en la ceniza negra del papel creyó distin-

guir, fantásticamente dibujado, el número trece. Retrocedió, y sus ojos alucinados le hicieron ver en la alfombra, en el techo y en las paredes la misma imagen. El número fatal se repetía á su alrededor, como si por todas partes le gritara:

«¡Trece, trece, trece!»

Cerró los ojos, y cayó desvanecido sobre una butaca, exclamando con voz sorda:

—¡Trece! ¡Siempre el número trece!

IV.

Ya sabemos que en el año de 1833 estábamos en los primeros albores de la regeneración política en que hoy vivimos, pues para nosotros empezaba entonces á brillar el siglo de las luces, ó, lo que es igual, empezábamos á salir de las tinieblas del *obscurantismo*. El sol que comenzaba á iluminar nuestro horizonte, por un prodigio de claridad, habia de llegar hasta el punto de hacernos ver las estrellas.

Realmente, entonces estábamos ciegos; mas poco á poco hemos ido abriendo los ojos, y hemos visto mucho, lo hemos visto casi todo, y nos encontramos en vísperas de presenciar lo último que nos queda que ver, que es, en resumen, lo que ya estamos viendo.

Perfectamente; pero es el caso que entonces la prensa periodística no había adquirido aún toda la fuerza necesaria al desarrollo civilizador de su naturaleza expansiva; y el pensamiento libre se mostraba todavía tímido, y la publicidad se detenía y tropezaba á cada paso, como el niño que aún no sabe andar solo.

Así es que la novedad de ciertos sucesos permanecía ignorada, oculta en el rincón de la casa ó en el seno de la familia, sin obtener el privilegio de darle la vuelta al mundo en las columnas de los periódicos. Las gentes podían nacer, casarse y morir, ir y venir, comer ó pasear, visitarse, y, en fin, vivir, sin que las letras de molde sorprendieran al público con lo raro del caso ó la originalidad del suceso.

Por esta circunstancia, no pasó entonces del círculo de los amigos y de los parientes la boda de una preciosa joven, que unía á la singularidad de su belleza la pluralidad de sus bienes de fortuna. Y es claro: su magnífico *trousseau* no pudo exponerse á la admiración universal en los escaparates de los periódicos.

En una palabra: Ernestina de Albamonte iba á casarse sin que lo entendiese la tierra.

Y no dejaba de ser curioso el caso de esta boda, y no dejaba de hablarse de ella entre las gentes que estaban enteradas del caso, porque Ernestina, alta, blanca, pálida, de fisonomía

triste, de ojos azules y sonrisa melancólica, coronada la frente de largos rizos rubios, era el bello ideal de aquella poesía romántica, casi sepulcral, que, como un paño fúnebre, empezaba ya á entristecer el genio rico, desenfadado y profundo de las musas castellanas. ¡Y qué contrastes ofrecen algunas veces las cosas! En medio de la viva algazara que producían los primeros pasos de nuestra regeneración política, la poesía lúgubre, enlutada, parecía que sólo acertaba á inspirarse en los sepulcros. Podría creerse que á los primeros soplos de la libertad se había despertado más sombría y más aterradora que nunca la musa de la muerte. El genio poético de aquellos días no vislumbraba en sus tenebrosas inspiraciones más que tumbas y cementerios.

Ernestina era la creación viva del romanticismo, y tal vez ella misma se creía encargada de realizar en el mundo las visiones de aquella literatura casi patibularia. Su aire desmayado, su mirada indiferente, y su voz dulce y apagada, hacían presumir que andaba sobre la tierra por pura condescendencia.

Detrás de la triste idealidad de su melancólica belleza había una realidad bastante alegre: el señor de Albamonte poseía cuantiosos bienes de fortuna, y Ernestina era su hija única. Muchos aspiraron á conquistar el corazón de tan bella criatura; unos con versos llorones, verdadera-

mente lamentables, porque en aquella época *hacían furor* los versos del género aflictivo; otros, con simples suspiros; y no faltaría alguno que pensara en una pistola ejecutiva, ó en un veneno lento, para poner término á sus días en venganza de tanta ingratitud. Mas el corazón de Ernestina no se ablandaba. Todos sus pretendientes le parecían vulgares, prosaicos, y ninguno correspondía al modelo que su romántica imaginación había forjado.

No le pesaba al señor de Albamonte que no estuviese tan á la mano el hombre capaz de conquistar su preferencia; pues, no teniendo prisa en casarla, la dejaba pensar á sus anchas en el ser fantástico con quien soñaba, ya fuese Tirante el Blanco ó Amadís de Gaula, seguro de que ningún príncipe enamorado había de venir á robársela.

En este punto se equivocaba el señor de Albamonte, porque la bella Ernestina empezaba á creer en la realidad de su modelo; á lo menos, sus ojos le hacían ver que andaba por este valle de lágrimas la imagen del ser venido al mundo sin más misión que la de adorarla; ser todo espíritu, sombra melancólica llena de pasión y de suspiros.

Un joven sumamente pálido y tétrico, de ojos tristes y brillantes, de larga melena, misterioso en sus palabras y lúgubre en su acento,

tenía que ser por fuerza el héroe de la novela que ella tejía á sus solas y que siempre llevaba en su pensamiento.

Y este joven, tal y como pudo imaginarlo, no era una visión de su melancolía; existía realmente; ella lo había visto, había sentido en sus ojos el resplandor fúnebre de su mirada cadavérica, y desde aquel momento se consideró amada hasta el delirio y amó hasta la locura.

Primero se cruzaron tiernas miradas, después hablaron los suspiros, más tarde las lenguas pronunciaron eternas promesas, y fueron y vinieron billetes enamorados, llenos de admiraciones, de juramentos, de frases estupendas, y en los que el amor y la muerte se mezclaban sin ton ni son, formando un ruido de palabras sublimes que constituye lo más acabado del género.

Hubo citas misteriosas, ya á través de la reja de un jardín y á la luz de la luna, ya en las solitarias calles de una alameda, bajo el murmullo de las hojas y entre las primeras sombras de la noche; y la pasión que á entrambos dominaba, los llevó á encontrarse algunas tardes en la soledad de un cementerio.

El coche de Ernestina se esperaba en la puerta, y ella, delante de su aya, que la seguía haciéndose cruces, penetraba en el asilo de los difuntos, y á lo mejor, apoyado en el tronco del

sauce, ó saliendo de entre los sepulcros, como un muerto que resucita, aparecia la sombra del joven meditando, y.... aquello era lo supremo del arte.

El señor de Albamonte ignoraba que habia en campaña esa especie de trovador sin cítara, que, si no era dueño del corazón de su hija, habia logrado por lo menos sorberla el seso; mas los pretendientes desairados por Ernestina se comieron la partida, y cada uno de por sí le juró guerra á muerte al dichoso rival que los habia vencido.

¿Quién era aquel hombre? Un ser obscuro, insignificante; nadie; Simón Campollano, ni más ni menos.

Á todos les ocurrió la misma idea para alejar de Ernestina aquella sombra importuna. El medio era muy sencillo; estaba reducido á proponerle un duelo, un duelo interminable, pues debía durar mientras quedara uno de los desairados.

Dos de ellos se presentaron en casa de Simón, y le dijeron sencillamente:

—Venimos á que V. elija: ó renunciar á sus locas pretensiones acerca de Ernestina de Albamonte, ó batirse con todos.

—¡Todos!.... (exclamó Campollano). ¿Y quiénes son todos?

—Somos (le contestaron) trece.

—¡Trece! (gritó lleno de espanto.) ¡Trece...., siempre trece!

Y volviéndose á ellos con furor mal contenido, les dijo:

—Bien, estoy dispuesto; me batiré con los trece: uno á uno, ó todos juntos...., es lo mismo.

Los dos emisarios comprendieron que la cosa iba de veras; pero ya no era tiempo de retroceder, y un duelo por lo menos era inevitable.

El más valiente de los trece se encargó de cumplir por todos, y aquel mismo día Simón Campollano, acompañado de dos antiguos amigos, fué conducido á su casa en un coche. Traía un brazo atravesado de una estocada, y no hacía más que repetir:

«¡Trece! ¡Trece! ¡Trece!»

VIII.

No necesitaba el romántico corazón de Ernestina más que el lance provocado por sus pretendientes, para que su amor llegara á los últimos grados de la pasión novelesca que le tenía trastornado el seso. La herida de Campollano, la sentía en el alma de sus imaginaciones, y aumentaba á sus ojos el prestigio de su persona.

El primer pensamiento que le ocurrió, fué acudir á la casa del herido, curarle ella con sus propias manos, jurarle á cada momento un amor eterno, y, si sucumbía al rigor de la herida, morir ella también allí mismo, junto á sus restos inanimados. Esto debía ser durante la noche, para que la luz del día siguiente descubriera los dos cadáveres unidos por la muerte.

Pero, ¡ya se ve!, las conveniencias sociales hacían irrealizable semejante propósito. La sociedad en que vivía era demasiado vulgar, demasiado prosaica para comprender todo el valor de aquel rasgo sublime, y tuvo que renunciar á su pensamiento, después de darle muchas vueltas en su cabeza; y Dios sabe si al fin lo habría llevado á cabo; mas la herida presentó desde un principio síntomas favorables, y el enfermo entró al fin en rápida convalecencia.

Sin embargo, detrás de aquel peligro vencido había otro peligro, y después otro; había hasta trece peligros, y en la imposibilidad de morir con él, era preciso á toda costa salvarle la vida, y vengarle al mismo tiempo de sus cobardes enemigos, uniéndose á Campollano para siempre.

El matrimonio no era á sus ojos una solución verdaderamente romántica; mas en este caso las circunstancias no dejaban de hacerlo novelesco, y ella estaba resuelta á dar un paso decisivo.

Se hizo vestir con todo el rigor del caso, dió á los rizos rubios que coronaban su frente el aire del más artificioso abandono, y con paso dramático y majestad trágica, se dirigió á las habitaciones de su padre.

El señor de Albamonte no esperaba la visita de su hija, y tuvo que recibirla en bata; traje que le daba cierto aspecto teatral, pues la bata era amplia y magnífica, sembrada de vivos y hermosos colores.

—No creo (dijo Ernestina) que seáis un padre tirano.

—¿Por qué? (le preguntó admirado.) Desde que murió tu madre, no hay en esta casa más voluntad que la tuya. Eres rica, y puedes satisfacer tus caprichos. No me opongo á ello. Vamos á ver: ¿qué deseas? ¿qué quieres? ¿Estás descontenta de la modista? ¿No te sirve bien la doncella? ¿Te falta algo en el tocador ó en el joyero? ¿Te has enamorado de alguna berlina encantadora? ¿Se portan mal tus caballos?

—¡Oh! (exclamó ella, levantando los ojos al cielo.) Prosa, pura prosa..., que puede satisfacer á los corazones vulgares. ¡Caprichos! No se trata de eso.

—Muy bien (dijo el señor de Albamonte, hundiendo las manos en los bolsillos de la bata). ¿De qué se trata, pues? Explícate.

—Adivinadlo, —contestó Ernestina.

—No es fácil, hija mía (le advirtió su padre), adivinar los caprichos de una niña mimada. ¡Ah! No te enfades; no serán caprichos. ¿Cómo quiere que los llamemos?

Al pronto no supo qué nombre darle; pero al fin, exhalando un gran suspiro, dijo:

—Debe llamarse una pasión.

—¡Pasión! (repitió el señor de Albamonte, mirándola atentamente.) ¿Y qué quiere decir una pasión?

Alzó los ojos asombrada, porque no comprendía cómo podía ignorarse lo que era una pasión. Además, era la primera vez que se le hacía semejante pregunta, y, ¡vamos!, no acertaba á dar la respuesta que se le pedía.

—Pasión (dijo) es una cosa que se siente y no se explica; son dos pensamientos en un pensamiento; es la vida del alma. No, no; amar es morir.

—¡Magnífico! (exclamó el señor de Albamonte.) Pero yo entiendo poco de esas filosofías, y me quedo tan á obscuras como antes.

—¡Ah! (prorrumpió ella.) ¿No habéis amado nunca?

—Sí, por cierto (le contestó su padre). Quise á tu madre como á las niñas de mis ojos, y nos hemos llevado como dos hermanos; mas, ¡demonio!, su pensamiento y el mío nunca fueron

uno, rara vez pensamos de la misma manera; si yo decía *baches*, ella decía *erres*. He aquí por qué yo no te entiendo.

Ernestina se encogió de hombros, mostrando cierto desdén. ¡Su padre mismo no la comprendía!

—Vamos (le dijo); explícate si he de entenderte, porque supongo que querrás que te entienda.

—Pues bien (exclamó ella con resolución): yo amo.

—¿Estás segura de ello? —le preguntó su padre.

—¡Oh! Sí...., separadme de él, y me veréis morir.

Aquí el señor de Albamonte se rascó la frente, echando atrás el gorro de terciopelo que cubría su cabeza.

—Bien....; tú amas....; perfectamente....; y, ¿eres amada?

—Con delirio,—contestó.

—¿Desde cuándo, hija mía?

—Hace mucho...., mucho tiempo.

—¡Hola!—exclamó el señor de Albamonte.

—Sí (añadió ella); nos amábamos antes de habernos visto.

—Bueno: y, ¿de quién se trata?

—De un joven.

—Ya supongo que no habías de ir á enamo-

parte de un viejo. Lo que yo te pregunto es su nombre.

—¿Qué importa el nombre? (exclamó Ernestina.) Nos amamos, y sólo la muerte podrá separarnos. Encerradme en un convento, sepultadme en el último rincón de la tierra, y desde allí seguiré amándole; mi pensamiento volará en su busca, y el aire me traerá sus suspiros, la luz del día sus miradas, y en las estrellas de la noche leeré sus juramentos; pero jamás seré de otro. Sois mi padre, mas no debéis ser mi tirano.

—No, señorita (replicó el señor de Albamonte); no hay necesidad de tanto ruido para decirme que quieres casarte y que has elegido ya al que ha de ser dueño de tu mano. Bien. Esto debía suceder más tarde ó más temprano, y, ¡qué demonio! ¿Por qué te has de encerrar en un convento, ni has de sepultarte en el último rincón de la tierra? Siempre he pensado casarte á tu gusto. Mas estas cosas tienen sus formalidades. Que venga ese mortal afortunado, que me pida tu mano, y hablaremos.

—Juradme (dijo Ernestina) que no opondréis una cruel negativa: él morirá, y yo no tardaría mucho tiempo en seguirlo á la tumba; los dos iríamos en un mismo entierro. Si lo rechazáis, mandad abrir dos sepulturas.

—Bien (contestó su padre); te lo juro.

Pocos días después se presentó en la casa Simón Campollano. El señor de Albamonte lo recibió con fina cortesía, lo hizo pasar á un gabinete reservado, y allí hablaron largamente.

Terminada esta larga conferencia, Simón salió de la casa con semblante animado, andando con paso firme y la cabeza erguida.

Por su parte, el señor de Albamonte no parecía descontento, y paseándose por su habitación, reflexionaba de esta manera:

—¡Phs!... En verdad, es un hombre obscuro, y no debe ser un Creso; pero me parece bastante juicioso, mide y pesa bien las cosas, y puede ser un buen marido. ¡Qué diablo! Yo tampoco era un príncipe; y en cuanto á caudal, no ataba ciertamente los perros con longaniza; y, sin embargo, mi pobre Cecilia era rica; se prendó de mi bella persona, nos casamos, y hemos sido felices. Este muchacho tiene el aire algo triste. Bueno: ¡qué importa! Quiere decir que es un hombre serio. Mejor que mejor.... Así conseguirá desvanecer toda esa novelería que Ernestina tiene metida en la cabeza. Cierro los ojos, y que se casen. Se han puesto en ello, y serían capaces de dar un escándalo. Nada; lo dicho: que se casen.

El señor de Albamonte no hizo más reflexiones acerca del particular, y quedó concertada la boda.

IX.

Como hemos visto, Simón había parado el último golpe del número trece. Es verdad que le costaba un lance y una herida; pero, en cambio, el lance y la herida le aseguraban la pingüe mano de la bella Ernestina.

¿Y qué importaba aquel rasguño del primer encuentro ante el éxito total del lance? Sus trece adversarios quedaban á la vez fuera de combate por la fuerza de una estocada tremenda, que á todos los atravesaba de parte á parte: la estocada triunfante de su boda.

Sin duda el amor de Ernestina era una influencia favorable que venía, como llovida del cielo, á contrarrestar el maléfico influjo que el número trece ejercía sobre su destino desde el mismo día de su nacimiento. Aquella boda repentina, y casi inesperada, podía ser muy bien anuncio de próspera fortuna, y la mano de Ernestina, blanca como la nieve y suave como la seda, semejante al escudo de Marte, lo pondría bajo su poderoso amparo, y lo tendría á cubierto de las asechanzas del fantástico poder que lo perseguía. ¿Por qué no? ¡Oh, qué risueña esperanza!

Al fin iba á ser rico. La herencia de Ernestina era considerable y estaba asegurada; consistía en fincas saneadas, en metálico y en alhajas; se hallaba, pues, libre de las quiebras del comercio, de las ruinas de la industria, de las oscilaciones de la Bolsa y de los desastres de un naufragio. Por de pronto, la bella Ernestina tomaría á toca teja la cuantiosa herencia de su madre, y después recogería los bienes de su padre, porque el señor de Albamonte no había de ser eterno, y Ernestina era su hija única, y, por consiguiente, su única heredera.

Campollano estaba perfectamente enterado de todo esto, y bien puede decirse que tenía en el bolsillo la mano de aquella criatura, á la vez tan enamorada, tan bella y tan rica. Sin embargo, allá en el fondo de su pensamiento asomaba de vez en cuando la cifra fatal del número trece, que oscurecía con sombras fantásticas la claridad de sus risueñas esperanzas. Su alegría venía á ser como el sol de otoño, que alternativamente brilla y se nubla.

La boda estaba concertada, y aunque lentamente para los dos futuros esposos, se acercaba la noche en que habían de tomarse los dichos.

Simón y Ernestina convinieron en que es una vulgaridad casarse con estrépito y hacer de la boda una fiesta pública, una fiesta insoportable. El salón de un castillo, el sacerdote, los testigos

y una capilla gótica, ¿qué más necesitaban ellos? ¿Hay nada más prosaico que una boda ruidosa? El genio romántico de Ernestina se avino fácilmente á ello, porque, después de todo, tiempo tenía delante para deslumbrar al mundo con las magníficas galas de su *trousseau*. En cuanto á Campollano, nada más de su gusto que aquel matrimonio á puerta cerrada, porque no se determinaba á hacer mucho ruido con su boda; parecía que se asustaba de su propia dicha y que le tenía miedo á su fortuna.

En el gran salón de la casa, sin más concurrencia que la de los testigos, la del sacerdote y la del notario, los dichosos novios firmaron el contrato, por medio del que se comprometían á unirse para siempre. Ernestina firmó lánguidamente, y dejando la pluma, lanzó un suspiro. Después le tocó su vez á Campollano, que se acercó á la mesa con paso acompasado, firmó con mano trémula, soltó la pluma, y respiró, como quien despierta, como quien renace, mejor dicho, como quien resucita.

Firmado el contrato, quedaba aún por legitimar la voluntad de los cónyuges; faltaba la sanción suprema que había de hacer la unión perpetua; faltaba ratificar el convenio celebrado entre los hombres; era preciso que Dios mismo fuese testigo de la sinceridad de sus votos, y que el sacerdote les echara su bendición; falta-

ba el matrimonio, puesto que faltaba el sacramento.

No se tenía á mano una capilla gótica, pero el gabinete predilecto de Ernestina, forrado de raso blanco y vestido de guirnalda de flores, sirvió de capilla, donde el aya había dispuesto un altar rico y sencillo. Allí, ante Dios, Simón Campollano y Ernestina de Albamonte se juraron un amor eterno.

Ella se presentó en el momento crítico, apoyada en el brazo de su padre, pálida y triste, cubierta con un vestido blanco, cuya seda relampagueaba al reflejo de las luces, y ceñía á su frente una corona de flores tan blancas como la seda del vestido. Más que una desposada, parecía una muerta; pero, justo es decirlo, una bella muerta.

Consumado el matrimonio, el señor de Albamonte quiso dar á conocer á su yerno, por lo menos á las personas más íntimas; y como era amigo de la buena mesa, de la conversación animada y viva, dispuso una comida de doce cubiertos para el día siguiente.

En efecto: á la hora convenida se fueron presentando los convidados, y el salón, donde el señor de Albamonte los esperaba, comenzó á animarse con toda clase de conversaciones. Las miradas de los que se iban reuniendo buscaban á Ernestina y á Campollano; pero ella estaba

todavía en el tocador, y el afortunado yerno brillaba aún por su ausencia.

Mas no tardó en presentarse, y su persona atrajo las miradas de los concurrentes, y comprendió que no causaba mal efecto. Había en su fisonomía gravedad, expresión y gracia, y cierta nobleza en su porte, que lo hacía agradable á primera vista.

El suegro, al verlo entrar, exclamó diciendo:
—¡Eh, señores: he aquí el héroe!

Y por su orden lo fué presentando á los convidados que aún no le conocían.

Las señoras lo recibieron con amables sonrisas, reconociéndole el mérito de haber conquistado el corazón de Ernestina, y los hombres lo acogieron como á un ser afortunado que iba á poseer las cuantiosas riquezas de aquella casa.

Á su vez llegó Ernestina, doblemente encantadora por su belleza y por su lujo, y obtuvo una ovación completa.

Algo impaciente de estómago, el señor de Albamonte sólo esperaba la presencia de su hija para pedir la comida. Así es que, al verla, con toda la voz de su franco y cordial apetito, dijo:

—Señores, al comedor. La sopa nos espera.

Simón Campollano se apresuró á ofrecer su brazo á una generala viuda, y Ernestina aceptó el que le ofrecía un joven diplomático, recientemente agregado á no sé qué embajada. Púsose

la comitiva en movimiento, y ocupando sus respectivos puestos en la mesa, empezóse á servir la sopa. Sopa exquisita, según el voto unánime de los convidados.

Todavía saboreaba Ernestina la primera cucharada, cuando su doncella entró en el comedor, y, acercándose á su oído, le dijo secretamente algunas palabras.

—¡Oh, sí! (contestó la desposada en voz alta.)
Que pase, que pase.

Y volviéndose á uno de los que servían la mesa, añadió:

—Vamos, un cubierto más.

—¡Bravo! (exclamó el señor de Albamonte.)
Llega á tiempo. ¡Vamos! Otro cubierto; aquí...
Casualmente la mesa es espaciosa.

Salió la doncella, y á poco resonó en la habitación inmediata al comedor una soberbia carcajada.

—¡Magnífico! (dijo el señor de Albamonte.)
Conozco esa risa, y estamos de enhorabuena. Viene á sorprendernos la alegría misma. ¡Demonio! Se nos ha olvidado invitarla, y viene á pedirnos cuenta de nuestro olvido con la risa en los labios.

En aquel momento Ernestina se puso de pie, y recibió en sus brazos á Mariana, que acababa de entrar en el comedor conducida por la doncella.